

que quieran adquirir la herencia que hoy les conquistas, mi alma se consuela, mi corazón se regocija, y si aún quereis que brote de él un río de sangre que se confunda con la tuya, aquí lo teneis: *Sponsus sanguinum tu es mihi.*

¡Basta, Reina del cielo, basta! No salga de tus divinos labios otra palabra de amor, porque tus hijos no tienen ya corazón para oírlo. Nosotros no podemos hacer más que llorar nuestras culpas, que son la causa de tu llanto. A tí suspiramos, gimiendo y llorando, para que lleguen hasta el trono de amor donde descansa el Rey pacífico, los sollozos con que imploramos su misericordia y gracia, que son la prenda de la gloria. Amen.

SERMON PANEGÍRICO

SOBRE LA

SOLEDAD DE MARÍA SANTÍSIMA NUESTRA SEÑORA.

(SEGUNDO DEL ASUNTO.)

*Subversum est cor meum in memetipsa
quoniam amaritudine plena sum.*

Ha sido trastornado mi corazón dentro de mí misma, porque llena estoy de amargura.

(LAMENTAT. JEREMIE, cap. I, vers. 20.)

¡Conque nada hay de estable en la tierra! ¡Conque nadie ha sido morador de este mundo, que no haya tenido que doblar su frente ante la mutabilidad y volubilidad que domina á todo sér visible! No; nadie ha respirado el aire comun sin haber sentido la triste influencia de un genio maléfico que todo lo trastorna y lo consume; toda criatura visible tiene un enemigo formidable, que la tiende lazos, que le prepara emboscadas, y que cual gotera insignificante, pero continua, va minando los cimientos en que estriba el edificio de la vida, hasta ponerlo en disposición de desplomarse; este enemigo nuestro es el tiempo; el tiempo, que á todo se atreve; el tiempo, que acomete la árdua empresa de destruir lo más sólido é imperecedero, y lo consigue. Él disipa la inocencia de la niñez con la travesura de la puericia; él destruye las locuras de la mocedad con la sensatez de la edad viril;

él postra el vigor de la madurez con la llegada de las arrugas y de la canicie; él, por fin, aniquila los tristes consuelos de la ancianidad, llevándola al sepulcro. ¡Ah! ¿Quién podrá gloriarse de haber resistido á este genio destructor, que ataca halagando, que destruye sin ruido, y que siempre sale victorioso? ¿Quién ha entrado en la categoría de los vivientes sin haber necesitado de la asistencia continua de este enemigo, y sin haber tenido que rendirle un homenaje involuntario? Ha consumido el tiempo las monarquías; ha destruido los imperios; ha hecho desaparecer á los héroes; ha anonadado á los gigantes; ha extendido su poder exterminador sobre los sábios, sobre los magnates, sobre lo más grande que ha habido en la tierra. Seis mil años há que el tiempo existe, y este número tan crecido no es más que una era de aniquilacion.

¿Lo podreis creer? ¿Os podreis persuadir que este coloso haya tenido la osadía de armarse de todo su poder para salir á la liza contra su mismo autor, contra aquel á quien debe su fuerza y virtud? ¿Habrá llegado su orgullosa pretension hasta quererse ensañar contra Dios? ¡Ah, sí! Tambien á Dios declaró la guerra este gran dueño de los destinos del mundo; tambien alzó su ominosa cervíz contra el cielo. Pero ¿salió victorioso en tan desigual combate? Pasmémonos, amados míos, de la eficacia del tiempo, y adoremos al Dios que quiso someterse á su destructora influencia. Quiso Dios conversar con los hombres, y para conseguirlo tuvo que hacerse igual á los hijos de Adán; tuvo una madre, se hizo niño, nació, y apenas respiró por primera vez en la gruta de Belén, le salió al encuentro este enemigo, le declaró la guerra, y al fin lo venció en la cima del Gólgota. Allí se mostró el tiempo victorioso y ufano de haber ido minando la vida del Dios humanado, y de haber coronado su antigua y altiva sien de un lauro más.

No es esto, amados míos, una paradoja; Dios, que es esencialmente la vida, ha sido víctima de la muerte; llegó el tiempo de morir, y no pudo ménos de sucumbir al destino que Él mismo se prefijára.

Al decir esto, no pienso tanto en el Dios que muere, como en la Madre que le ha dado la vida que acaba de perder. ¡Ah, y cuánto ha podido el tiempo sobre esta Mujer desafortunada! ¡Cómo ha arruinado todas sus esperanzas! ¡Cómo la ha reducido á la más deplorable orfandad! Dias felices pasaron por esa criatura, y no eran más que la escala por donde descendía á la arena en que el tiempo la aguardaba, para no presentarla sino amargura, en cambio de sus gozos celestiales; para no darla sino dolor y afliccion, en lugar de su dicha; para darla soledad y desamparo, en vez de la dulce compañía de su Hijo, que ya no existe. Llegó el momento fatal, en que ha desaparecido aquel corazon magnánimo que sabía estar inmóvil al frente de mil enemigos; el tiempo lo ha aniquilado; la desgraciada Madre ha podido seguir al Hijo moribundo hasta el lugar del suplicio, ha tenido valor para estar á su lado, ha sido bastante valerosa para llevarlo al sepulcro; mas llegó el momento de rendir la palma al tiempo destructor; se han concluido todas las esperanzas, se ha cerrado la puerta á todo consuelo, porque el corazon de María ha sido trastornado al contemplar á su Hijo querido en la tumba: *Subversum est cor meum*, etc.

Acabo de manifestaros la idea más lúgubre que tuvo el espíritu de María; la muerte y sepultura de su amado Hijo, fueron el complemento de su afliccion; perseguido, calumniado, maltratado, herido, crucificado, Jesús existe; y mientras él exista, hay un destello de luz para el corazon de María; mas habiendo muerto, se apagó esta débil ráfaga que la ilumina. ¡Cuánto más habrá crecido la consternacion en el corazon de la Madre, al contem-

plar á su Hijo bajo la fria losa del sepulcro! ¡Ah! Entónces quedó yerta y sin alientos, porque su corazon fuera trastornado, naufragando casi entre las encrespadas olas de la amargura; se cerró entónces la entrada á todo consuelo, porque la que ántes tenía una alma llena de gracia, ahora tiene una llena de amargura: *Subversum est cor meum in memetipsa quoniam amaritudine plena sum.*

¿Por qué se ha abatido este corazon heróico? ¿Por qué ha sido inundada aquella alma feliz en mares de amargura? ¡Ah! Porque el tiempo ha trastornado los destinos de María; llegó el tiempo de la muerte de Jesus; llegó el tiempo de encerrar su cuerpo en la oscura tumba, y han bajado al sepulcro al mismo tiempo el cuerpo del Hijo y el corazon y las esperanzas de la Madre. En una palabra: se encuentra María en la más amarga soledad, perdida toda esperanza de consuelo.

Lloremos con ella la muerte de su Hijo, y postrados ante la adorable cruz donde ha espirado, pidámosla la gracia, que no puede negar áun en medio de su dolor. *O cruz, Ave.*

Tiene el corazon humano dos vidas, la física y la moral; la primera no es casi nada, pues se asemeja por ella al bruto, que como él tiene un corazon de carne y una vida física y material; la segunda es de la más alta importancia, pues forma toda la belleza del sér racional; la region de esta vida moral es del todo distinta de la materia, y transporta al hombre fuera de lo corpóreo, separándole por esta vida moral de los demás séres visibles y animados, y colocándolo en su verdadera esfera, que es la racionalidad y la espiritualidad. Esta vida se sostiene en el corazon humano, alimentándose de objetos extraños, en los cuales se fija, y de cuyas bellezas se apasiona; do quiera que él columbre alguna huella de maravillas y hermosura, allí se reposa

y descansa, complaciéndose en haber descubierto lo que buscaba, y sintiendo encenderse en su interior la llama del amor hácia el objeto de sus simpatías. Tiene además esta vida moral del corazon la mágia y virtud de hacer que no viva el hombre en sí ni para sí, sino en el objeto y para el objeto que ama; pues, como dijera el Salvador, donde está el tesoro, allí está tambien el corazon humano: *Ubi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.* Si el corazon humano toma el principio de su vida moral de los bellos ideales que él se forma, y en ellos se nutre y descansa como en su propio centro. Mira el avaro los tesoros, y cree que son ellos el gérmen de la felicidad, el sostén de los placeres, el móvil de todas sus acciones, y vive su corazon en medio del oro y de la plata, porque encuentra en estos objetos la realidad de sus ideas. El ambicioso cree que en las dignidades y grandezas es donde se recibe el incienso de la lisonja, donde brilla el talento, aunque no exista éste en el dignatario, y vive su corazon en medio de las dignidades, porque allí tambien halla realizadas sus ideas; igual es la suerte del voluptuoso; igual la del sábio; vive su corazon en los objetos que ama, aquél en el fango, éste en el cielo: *Ubi est thesaurus, etc.*

Con la misma proporción cesa esta vida en nuestro corazon; cuando nos falta el objeto en que reposan nuestras simpatías, desfallecemos cual planta herida por los rayos del sol, y nos revestimos de todas las afecciones contrarias á las que ántes nos animaban; sin esta vida moral, ¿cómo podríamos atinar con la causa de ese heroísmo que han desplegado alguna vez los hombres apasionados, heroísmo que los condujera hasta el extremo de perder la vida por sus amigos? ¿Cómo explicaríamos el gozo y la tristeza, que nos eleva ó nos abate, segun vemos á nuestros amigos en la dicha ó en la desventura? ¡Ah! No es posible examinar las acciones del hombre

sin comprender al momento que la vida animal es lo que ménos importa en él, pues sólo la moral es lo que lo constituye en la verdadera region de la felicidad ó de la desventura, lo que exprime la espiritualidad de su sér, lo que le distingue, por fin, esencialmente de los animales irracionales, incapaces de pensar ni de elegir.

¡Ah! Estoy demasiado prolijo en explicar una teoría que vemos realizada en nuestro propio corazón. Voy con paso algo lento, cuando todos cuantos me oyen están ansiosos por obtener la solución de dos preguntas que naturalmente se desprenden de este antecedente. Supuesto, me decís; supuesto que la vida moral del corazón humano se alimenta de los objetos que ama, ¿cuál es el objeto que hace dichoso el corazón de una madre? El hijo. Y si este hijo amado, en quien el corazón materno tenía todas sus complacencias, si este hijo muere, ¿podrá vivir el corazón de la madre? ¡Ah! Tendrá la vida animal; pero, como la frondosa planta violentamente cortada por la guadaña, caerá en la más completa inanición; el corazón quedará vivo, mas sin jugo, sin frondosidad, sin felicidad, sin la verdadera vida moral; existirá como agente físico en el cuerpo humano, dando latidos dentro del pecho, que lo defiende; mas como agente moral no vivirá sino donde habita su objeto amado; vivirá en la lobreguez del sepulcro y entre los horrores de la muerte.

¡Ay! Apenas podré continuar la relación de mi discurso sin humedecer mis mejillas con lágrimas de dolor. Tengo á mi vista esa triste Madre, que no vivía sino en su Hijo y para su Hijo; era tanta la intimidad que unía ambos corazones, que casi no se distinguían sino es por ser el uno corazón de criador y el otro de criatura; mas los identificaba la filiación y la maternidad; desde que le fué concedido á María el inefable placer de abrazar á su tierno Niño en la gruta de Belén, hasta que lo encerró en el sepulcro, ni hubo ni pudo haber entre estos cora-

zones la más ligera desunión, ora porque el uno es inmutable por naturaleza, ora porque el otro era impecable por gracia. Donde quiera que se halle Jesús se encuentra María, porque éste es su tesoro, su bien, su dicha y su felicidad, y donde está el Hijo allí está el corazón de la Madre: *Ubi est thesaurus tuus, ibi est et cor tuum.*

Mas ¡qué vacío tan inmenso! En vano querrá María pensar en su amado Hijo, pues su corazón ya no dá aquellos latidos de alegría que la anunciaban la presencia del Amado, sino otros de amargura y de dolor que la afligen en su soledad. Cuando Aquél vivía, era su Madre la mujer más dichosa entre las hijas de Adán, porque su corazón no vivía sino con el corazón divino de su Hijo: verdad es que vive entre sinsabores y amarguras, porque aquél, ora es perseguido, ora es injuriado, mas al fin vive; el viento de la persecución asoma, la tempestad arrecia, los horrores de la pasión se aumentan, la angustia del Hijo crece hasta lo infinito, pero entre tanto Él vive y da animación á su Madre; un infame descarga sobre Jesús cruel bofetada, otro lo acusa, otro lo befa, el sayón lo azota con inhumanidad, el soldado lo irrisiona con corona ignominiosa, el judío lo escupe, el gentil lo abofetea, el verdugo lo clava; mas, después de todo, Jesús vive, y mientras viva su corazón, el de su Madre está lleno de vigor; pero Jesús ha muerto; después de tres horas de tormentos, ha espirado al lado de su Madre; unos pocos hombres caritativos lo han bajado del patíbulo, lo han embalsamado y colocado en el lóbrego recinto de la muerte. ¡Ah! Preguntadme ahora dónde estará el corazón de María, y os diré que está en la tumba; decidme cuál es el estado de ese amante corazón, y os responderé que está muerto, porque ha espirado el que le daba vida.

¿Y cómo podría vivir el corazón de María después de muerto Jesús? La vida verdadera del corazón tiene su manantial en el amor noble, puro, desinteresado y com-